

UN REGALO PARA INGRID

Óscar Daniel Vargas Oconitrillo

El cumpleaños de Ingratitud sería mañana; obviamente Parodio no recordaba ni que había desayunado ese mismo día, era demasiado pedir que recordara lo que Ingratitud le había comentado en el salón de clases, —¡ah ya solo falta un día para mi cumpleaños!. Claramente la frase fue muy sencilla y directa, hasta se podría decir que Ingratitud ya venía previendo lo que muy seguramente sucedería. Nadie recordaría el día de su cumpleaños. Aunque ya estaba acostumbrada, no perdía la esperanza de que cada año las cosas fueran un poco diferentes. Ella tenía muy presente que, el hecho de ser felicitada por el día de su cumpleaños, no representaba gran cosa; usualmente esos días son tan comunes como otros. ¿Y qué diferencia debía de existir?, si un día como hoy o un día como aquel, hace ya unos veintitrés siglos atrás, nacieron infinidad de niños sustantivados y niñas adjetivadas en todos los pergaminos de la historia, al igual como siguen naciendo hoy en día, aunque con menos frecuencia. Ella era simplemente una clasificación alfabética entre tantas; quizás mañana estarían de cumpleaños quien sabe cuantas palabras más en todo el diccionario.

Desde el primer día en que se conocieron Ingratitud y Parodio, ella se había percatado de la intensa felicidad que caracterizaba a Parodio, y esa habilidad para hacer de las cosas más sencillas, los superlativos más emocionantes y

extrovertidos. Todo era cuestión de artículos y un par de preposiciones, y Parodio podía mantener todo un pasillo lleno de estudiantes, escuchando las más locas y ocurrentes historias de verbos mal conjugados. La de “*morido*” es mi favorita. Más que una comedia, es una máquina de risas. Las palabras de nuevo ingreso siempre están ansiosas por escuchar a Parodio en alguna de sus famosas historias. Aunque a los Anglicismos nos les hace mucha gracia esta clase de espectáculos. Más aún, cuando Parodio las cuenta en “*spanglish*”.

Ingratitud y Parodio se conocieron por pura coincidencia del destino. Pero más que una coincidencia, todo fue gracias a un error humano. Ellos se encontraron por primera vez en el título de una obra teatral; una gran puesta en escena que se estrenó hace gerundios. El diseñador de los afiches hizo de cada letra, detalles hermosísimos. Pero cuando todo estuvo listo, se percataron del gran error en el título de la obra, que gracias a Dios resultó en beneficio para Ingratitud y Parodio, sino de otro modo, quizás nunca se hubieran conocido.

La obra teatral se llamaba: Ingratitud y Parodia, de la famosísima escritora Tinta China. Pero por un error de la imprenta, los títulos de todos los afiches quedaron de la siguiente manera: Ingratitud y Parodio, de la famosísima escritora Tinto Chino. Aún Ingratitud recuerda

cuando en algunos afiches intentaron colocar un parche con la letra “a”, sobre la última “o” de Parodio. Algo que a Parodio no le gustó para nada. Después de haberse marchado todos los hombres, Parodio empezó a realizar varios intentos para quitarse aquel remiendo que le habían pegado con la letra “a”. Ya para el cuarto intento, parecía que Parodio lo conseguía, pero ¿cuál fue la sorpresa?, pues que el parche tenía tanta goma, que al quitárselo, se quitó todo y pantalones. Ingratitud no resistió la risa. No podía evitarlo, ver a Parodio en minúsculas era algo graciosísimo. ¡Pobrecito! se le subieron los signos de admiración de la vergüenza. Ya cuando pudo vestirse, solamente le quedó reírse de lo sucedido. Poco después Parodio empezó a hacer chistes, y ese mismo día inventó la famosa historia de cómo una palabra puede perder su género por una simple letra, una historia de la vida real, como decía él mismo.

Aunque Parodio es bastante olvidadizo, últimamente ha estado planeando una sorpresa para el cumpleaños de Ingratitud; algo que él llama, una hipérbole prosopopeyicamente metafórica. Sea cual sea la sorpresa que está preparando para Ingratitud, le ha estado absorbiendo mucho de su tiempo. Si basta con decir que en la biblioteca, ya son dos los diccionarios que han tachado de incompetentes. Y todo por culpa de Parodio; lo que sucede, es que él es el asistente encargado de las definiciones de la palabra parodio en todos los diccionarios de la biblioteca. Pero como últimamente parece que anda muy ocupado en otros asuntos. Él ha optado por una manera muy fácil de cubrir su trabajo. Simplemente hace lo que otras palabras vagabundas han hecho por mucho tiempo; deja una nota en su escritorio, diciendo lo siguiente: “Parodio, del latín parodios / relativo al parodio”.

Ingratitud, a pesar de su carácter un poco esdrújulo, es una palabra de género femenino muy sensible y cariñosa, gentil e inteligente. Uno de sus mayores sueños ha sido convertirse en verbo o en nombre propio. A Parodio le gusta la idea de que ella luce por ser verbo; ya que alcanzar la verbalización requiere mucha sintaxis y esfuerzo. Dos características que a Ingratitud le sobran. Sin embargo, cuando Ingratitud habla

de su anhelo por llegar a ser nombre propio; a Parodio se le parte el alma.

Parodio no soporta el hecho, de imaginar su vida sin la compañía de Ingratitud a su lado. Muy a menudo, cuando a solas piensa en la posibilidad de realizar el sueño de su amiga; casi siempre termina con tildes en sus mejillas. Porque él, al igual que todos en la institución, sabe muy bien las reglas, una vez que se alcanza el honor de nombre propio, se debe dejar la institución. A Parodio, ese tal honor realmente no le interesa, aún sabiendo que tiene la herencia de su abuelo; siendo esta misma una de sus mayores mortificaciones.

Los días que Parodio no cumplía con las horas de asistencia en el departamento de definiciones, se los pasaba realizando trámites meramente gramaticales. Muchas veces lo vieron comprando timbres y certificando actas notariales. En el índice, dicen que lo vieron entrar en la tabla de contenidos con un título de propiedad a nombre de su abuelo. La verdad no era muy raro, Parodio era muy amigo del Licenciado Adverbio. Y curiosamente esa misma semana, pasó casi todas las tardes en el despacho del Licenciado.

-¿Ya está listo el cofre Don Adverbio?

-Sí muchacho, pero tengo que advertirte de las consecuencias.

-Bueno, usted sabe que yo conozco muy bien la leyenda.

-No es ninguna leyenda, todo es cierto, solo tu familia y las conjunciones han mantenido este privilegio con el pasar de los gerundios.

-Sí, lo sé muy bien. Y quiero agradecerle por haber guardado este secreto todo este tiempo.

-No tienes porque, siempre te he visto como un hijo.

-Gracias, no tengo dudas de ello.

-Pues ya sabes, todo lo demás está en tus manos, es tu decisión.

-Hasta luego.

Como siempre, Ingratitud había llegado de primera a la clase, y esperaba sentada en el pasillo, hasta que el reloj marcara las siete de la mañana. Ella escuchó unos pasos e inmediatamente se volteó para ver quien se aproximaba. No lo podía creer, era Parodio llegando temprano a clases, aún faltaban veinte minutos y además traía entre sus manos un pequeño envoltorio.

¿Sería posible? Parodio se había acordado de su cumpleaños y además le traía un presente. Si realmente era así, aquello era un hecho completamente morfológico. Cuando ya Parodio estuvo cerca de Ingratitud, comenzó a cantarle un poco desafinado...

-El día en que te imprimieron, nacieron todas las conjunciones, y en la mitad del participio cantaron las definiciones... ¡Feliz Cumpleaños Ingratitud!

-¡Oh Parodio!, si te acordaste, no lo puedo creer... ¡cantas horrible!

-Toma, esto es para ti, pero aún no lo abras, sino hasta que estés lista, es algo que realmente deseabas.

-¡Ah gracias!, gracias... pero si yo siempre estoy lista...

-Bueno, pero antes, dame un abrazo.

Y así de sencillo me despedí de mi mejor amigo. Inmediatamente después del abrazo, abrí el regalo, un pequeño cofre estilo preteritano. Y mientras yo tomaba vida, Parodio moría lentamente sin que yo lo supiera. Y cada una de sus letras se iban borrando poco a poco de todos los diccionarios de la historia. Era la regla por regalar la raíz, la herencia de su familia. Una leyenda que nunca creí posible hasta aquel momento.

Cuenta la leyenda que en el inicio de los gerundios, cuando aún los hombres no se comunicaban claramente; surgieron muy valientemente, dos familias de palabras que tuvieron la osadía de desafiar los gritos del hombre. Fue una batalla horrible, muchas de las palabras perdieron su

significado y algunas quedaron sin vocales o consonantes. Los gritos sufrieron amargamente hasta que se rindieron y suplicaron por piedad. Las palabras aceptaron, y ordenaron desde aquel día, que cada vez que el ser humano experimentara furia o sufrimiento, se expresara en gritos y no en palabras. Abecedarius, el dios del abecedario, al ver la valentía y compasión de aquellas dos familias de palabras, les concedió en recompensa la raíz de su origen. El único medio por el cual una palabra, sin ser adoptada como nombre por un ser humano, puede acceder al honor de convertirse en nombre propio, y consecuentemente en hombre o mujer. Sin embargo, este privilegio era solamente familiar, y la ruptura del pacto; aunque no era prohibida, se pagaría con el significado de la palabra que regalara la raíz.

Ahora ya sabía que una de las familias privilegiadas, era la de Parodio. Lloré por días enteros, aún cuando en un papelito adentro del cofre, Parodio me ordenó muy claramente que no llorara por él. Además me dejó anotado un nombre; el cual adopté sin dudarle: "Ingratitud, que te parece Ingrid, para tú nueva vida, Ingrid".

Y terminé comprando aquel viejo diccionario donde vivíamos, el único en el mundo donde quedó definida la palabra Parodio. No lo podía creer, vivíamos en un viejo diccionario, en los olvidados estantes de una compra y venta de libros, situada en el centro de la ciudad.

Desde aquel día, la palabra Parodio nunca más volvió a existir. "*Parodio: del latín parodios / relativo al parodio*".

